



BESAME

SADE
//

—Anda, rico; enséñame eso del bilingüismo.

20 cts.

Redacción y Administración:
 Unión Ferroviaria, núm. 3 VALENCIA
 Teléfono 11102 Tailores "LA GUTENBERG"

El Cabare

temario
gabán

AÑO I NÚM. 3

Suscripción trimestre...	2'50	ptas.
" semestre...	5	"
" año...	9	"
Extranjero, año...	15	"



VERBENERAS

Crónica del Madrid nocturno



Itinerario confesable de una noche de Julio:

Se ha estropeado la verbena de la barriada. Lluve. Hace frío. Tengo empeñado el gabán.

Consideración: no se puede uno fiar ni de la palabra del que nos debe dinero, ni de las indicaciones barométricas.

Este fraile de la capucha, que se pasa la vida colgado en el balcón de mi cuarto, me aseguró anteayer que haría buen tiempo, y con el señuelo de una juerguecita en la Florida con una vicetiple de Rómulo me lancé hacia la casa de préstamos donde dejé, ¡ay!, la papeleta del Monte de Piedad, donde yacerá mi gabán hasta... que la suerte quiera.

Hay que elegir dónde iremos:

Alkázar.

Lido.

Pelikán.

Casanova en Stambul.

Maipú Pigall's.

Una cosa hay cierta en Madrid: la decadencia del cabaret.

La vida nocturna de hoy en la villa carpetana se reduce a un trasiego de noctívagos de un sitio a otro. Los que están citados en el Alkázar-American Bar se reúnen para marcharse a la Cuesta de las Perdices, que sigue teniendo, a través de las centurias, el mismo prestigio picante de hace siglo y medio, porque si no estamos equivocados, la fundación de la Casa Camorra coincide con las Termópilas.

El grupo que se citó en Chicote-Bar se va al Pelikán, y los que estaban en Casanova-Stambul irrumpen después en Lido.

Los de Lido se van a Villarrosa,

y los de Villarrosa suelen dar con sus huesos en la Comisaría de la antigua calle de la Bolsa, desde donde salen recomendados para el Juzgado de guardia.

Tal es el recorrido confesable de un buen juerguista.

El más inofensivo, después de todo, porque hay los juerguistas terribilísimos, que se concitan de la siguiente manera:

—Hola, oso.

—Adiós, percherón.

—¿Tienes plan?

—Plan caballo.

—¿Hacia dónde tiramos?

—A casa de la Chana.

—Llámalas por teléfono, y que nos traigan a la Julia y a la Tuberculosa.

—No la llares así que se enfada.

—Bueno, a la romántica.

—¿Adónde las llevamos?

—Verás; tengo un plan. Nos llevamos el coche de Prences, y que se crea que se lo han robado, metemos en él a las dos gurratas, y, ¡paf!, nos lanzamos a la carretera de Alcalá. Al llegar al puente del Henares paramos, las tiramos al suelo y nos volvemos para Madrid.

—¡Brutal!

—¿Te parece?

—Estupendo.

—Tengo fantasía de novelista, ¿verdad?

—Pa hincharte.

Estas dos monadas de niños pertenecen a la aristocracia madrileña. Sus papás son ex ministros, y tienen títulos nobiliarios.

Desde San Antonio de la Florida, y bajo la lluvia que ahora es moda

resistir sin paraguas y sin sombrero, la vicetiple y yo tornamos a Madrid.

Son las tres de la madrugada.

En Niza y en Casa-Juan suenan los organillos. En la puerta de estos merenderos aguardan dos o tres taxis.

Pensando aún en divertirnos nos dirigimos a Lido, pero hoy está cerrado. Ha cambiado—por séptima vez—de dueño, y *reabrirá* el sábado.

—¿Vamos al Alkázar?

—Bueno.

Pero también en este cabaret hallamos las puertas a medio cerrar.

—¿Qué pasa?

—Que no viene nadie.

—¿Y eso?

—¿Qué sé yo! La verbena... Que no hay dinero... Que esta madrugada se van de excursión al cerro de los Angeles; como son los mismos públicos...

He aquí la crónica veraz de una noche de San Antonio de la Florida en Madrid.

—¿Qué hacemos, chica?...

¿Qué íbamos a hacer? Nos hemos ido por otro itinerario. Uno que no se puede decir... Ya saben ustedes cuál es... "A la camita, que llueve—dice un modismo popular—. Y nosotros, que somos castizos, nos hemos ido a la camita. Pero esto no se puede decir. ¡Chitón!

EL BARON DE MONTENEGRO



PENDONES HISTÓRICOS



CLEOPATRA

En la larga historia de la Humanidad es difícil encontrar un perdón más perdón que este perdón egipcio.

Claro está que hay que reconocer que la mayoría de estas mujeres, de las que la Historia, severa y gruñona, habla escandalizada, alcanzaron esta notoriedad porque nacieron reinas. Si Cleopatra, en vez de ser reina de Egipto, llega a ser segunda tiple o viuda de un teniente de carabineros, ni nos habríamos enterado de su existencia.

Nació Cleopatra cuando Egipto se encontraba bajo la protección de Roma, y a los 17 años, siguiendo la costumbre egipcia, casó con su hermano Ptolomeo XII, que fué el primer cornudo que figuró en la larga lista de los que lo fueron por causa de Cleopatra.

Esta, queriendo divertirse y hacer lo que le diera la gana (la gana le daba muy a menudo), luchó con su hermano para quedarse sola en el trono y en la cama, y en esto llegó a Egipto César, que iba huyendo de Pompeyo.

Cleopatra, la pobre, ¿qué iba a hacer? Compadecerse del fugitivo y acostarse con él.

El infortunado Ptolomeo XII, a quien los egipcios confundían con el buey Apis, fué diciendo por las calles:

—¡Egipcios! ¡Mi mujer me la está pegando con César! ¡No consintáis que le pongan los cuernos a nuestro Faraón!

Mientras tanto, César le enseñaba la lengua romana a Cleopatra.

Esto de las lenguas es lo que más le gustaba a la reina egipcia, que solía decir: “¡Cómo estoy toda!

¡Negro, muérdeme!”, y “¡Mi cuerpo en la arena!”, en siete idiomas diferentes.

Además, era especialista en maquillarse, en perfumarse y en meñarse. Sin ser guapa, tenía tal atractivo y era tan... tan... ¿Cómo lo diríamos? Bueno; para que ustedes lo entiendan, era tan zorra, que volvía locos a los egipcios, a los romanos y a los de Valladolid.

César sofocó las luchas entre varios cabecillas egipcios, y cuando se hartó de revolcarse por las alfombras de palacio con Cleopatra, la casó con otro hermanito pequeño de 11 años de edad, becerrete que también se llamaba Ptolomeo.

Fíjense ustedes: ¡echarle niños de 11 años a una mujer que necesi-

esclavas escogidas de todos los colores.

Así salió a recibir a Marco Antonio, que iba dispuesto a tenerse las tiasas con el ejército egipcio.

Cuando el hombre, en vez de encontrarse soldados, fué recibido en la galera por aquel mar de senos, muslos, brazos mórbidos y piernas estatuarias entre flores, perfumes y músicas, se le nubló la vista y tuvo que agarrarse a una protuberancia pectoral de una esclava criariana para no caerse.

Cleopatra le recibió indolentemente reclinada en una suntuosa y mullida cama, en la que le invitó a sentarse.

¿Qué hubiera hecho cualquier lector que no sea “apio” en este caso? Seguramente lo mismo que Marco Antonio. Sentarse lo más juntito posible a Cleopatra y susurrarle al oído: “Es usted la egipcia más rica que se pasea a orillas del Nilo.”

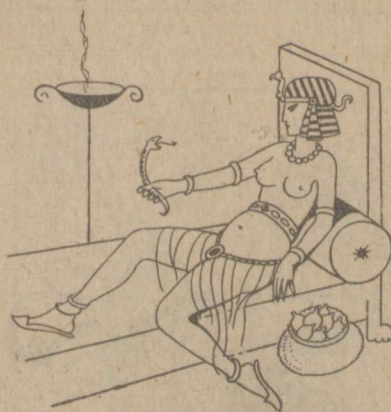
La reina obsequió a Marco Antonio con un formidable banquete, en el que alternaron los platos más exquisitos, los vinos más selectos y el parcheo más desenfrenado. A la mitad de la comida, Cleopatra ya no sabía si lo que se llevaba a la boca era un trozo de pescado o una longaniza de ave.

Marco Antonio, por su parte, le pedía un pollo a Cleopatra, y empezaba a morderle los muslos, y cuando llegó al conejo, que era el último plato, estaba que ya no veía.

A los postres, como hacía tanto calor, Cleopatra se quitó la poca ropa que llevaba y la tiró al agua.

Entonces, Marco Antonio pudo admirar de una vez el tesoro de aquel cuerpo maravilloso, que estaba mucho mejor formado que el Cuerpo de ejército que esperaba en contrar en Egipto.

Las esclavas se retiraron prudentemente tocando el arpa, y excitadas por el espectáculo, se dedicaron a hacer bollos para el desayuno en un horno que había en el barco. Otras se fueron a hablar con los remeros, mientras arriba, y a la luz de la luna, el caudillo romano y la reina egipcia luchaban bravamente en un largo combate. Marco Antonio atacó a su enemiga unas veces por la vanguardia y otras por la retaguardia, y hubo momentos en que Cleopatra se encontró vencida, porque se le oía decir: “¡Ay, que me



taba diez o doce mayores de edad!

El pobre Ptolomeo, a los 12 años ya embestia, y a los 13 lo lidiaron en una corrida en Meuphis. No cumplió en varas y lo foguearon.

En vista de lo que pasaba en Egipto, los romanos decidieron enviar a Octavio y a Marco Antonio para que pusieran orden en aquello. Por delante salió Marco Antonio.

Cleopatra que lo supo, se sonrió levemente y dijo: “Que a este Marco lo pongo yo en mi alcoba es una verdad como la gran pirámide.”

En seguida mandó preparar una galera, adornada con flores y ricos ornamentos de oro y plata. Ella se puso un vestido bastante transparente, que dejaba ver todo lo bueno que tenía en su cuerpo morenazo, y se rodeó de bellísimas mujeres de la corte, elegantemente desnudas, y de

mue, que me muero, San Juan de la Cruz”

No obstante, después de seis o siete combates, logró desarmar a Marco Antonio, que quedó reducido a la impotencia.

A partir de aquí, la vida de Marco Antonio y Cleopatra fué una continua orgía. Cleopatra tenía organizada con sus amigas una Sociedad titulada “Las inseparables de la muerte”, cuya única finalidad era el placer.

Con una mujer así no es de extrañar que Marco Antonio se olvidase de Roma y del objeto que le había llevado a Egipto.

Las orgías que organizó Cleopatra son históricas. En una de ellas disolvió en vinagre una perla valuada en un millón, y se la bebió.

Llegó a tal extremo la reina, que en una ocasión se colocó los atributos y joyas de la diosa Iris y pretendió que el pueblo la reverenciara como a tal. El pueblo dijo que no era tal, sino una tal, que no es lo mismo.

Cuando a Cleopatra le picaba la curiosidad, no se paraba en barras, sino que llamaba, para que le quita-

ra el picor, a cualquier esclavo, sin perjuicio de luego mandarlo matar.

Viendo en Roma que no había manera de arreglar el asunto de Egipto, no sabían a quién enviar, y continuamente se ofrecían al Senado generales castigadores para ir contra Cleopatra. Al fin se decidió que fuese Octavio.

Al enterarse Cleopatra que se acercaba el caudillo romano, se dispuso a abandonar a Antonio para ver si conquistaba al otro.

Efectivamente, Antonio, loco por aquella mujer, que era su perdición, salió al encuentro de su compatriota al mando de la flota egipcia; pero sufrió una tremenda derrota. Vencido, agotado y abrumado por su situación, logró averiguar dónde estaba Cleopatra, y la encontró en Tenaro en la Laconia. Allí el hombre, no pudiendo resistir más, la dió definitivamente. Cleopatra le mandó hacer unos grandes funerales, y se preparó para hacer caer en sus redes a Octavio.

La historia no dice si es que Octavio las prefería rubias, si es que era la moralidad personificada o si no se le levantaba el ánimo en

presencia de una mujer hermosa; el caso es que cuando se presentó ante él Cleopatra, resplandeciente de belleza y poniendo en juego todos sus atractivos, se quedó tan indiferente como si hubiera visto a don Francisco Bergamín.

Cleopatra, comprendiendo que iba a ser objeto de la venganza romana, decidió quitarse de enmedio.

Un fiel servidor suyo le proporcionó una cesta de higos, debajo de los cuales había un áspid. (No es la primera vez que se encuentra el veneno en los higos.)

Sabido es que la mordedura de esta serpiente es mortal, y la reina de Egipto, con gran serenidad, se lo aplicó, no se sabe dónde, y murió con el áspid en la mano, o sea como había pasado casi toda su vida.

Hay una leyenda que dice que la belleza de Cleopatra era tanta, que cuando empuñaba el áspid éste se puso rígido como un garrote.

Poco más de treinta años tenía cuando murió. ¿Qué se hizo de aquella belleza, de aquel esplendor, de aquella vida de placer?

¡Polvo, polvo, polvo!

EROS



He aquí a estas dos nenas jugando a los prohibidos. Mirad si son jugadoras, que han perdido hasta la camisa.

Los cómicos de la legua

¿Dónde está mi mujer?

I

La compañía de comedias de Juanita Melo y Pedro Lamas, cuyos apellidos no podían ir juntos en la cabecera del cartel, se conocía en la profesión por la compañía de Venus y Adonis, no porque los personajes mitológicos reencarnasen en la señorita Melo y el señor Lamas, sino porque jamás se conoció una compañía de cómicos más libertina y más descarada. El primer actor viajaba con tres mujeres: la suya propia, la de un amigo que se la había cedido a cambio de que le pagase un pasaje en tercera para Canarias, porque era muy aficionado a los plátanos, y otra tía loca que sabía presentar a sus amigos como una prima hermana salida del colegio. Las tres eran tres vulgaridades, aunque en lo de carecer de



—Me ofrece una dicha muy grande. ¿Será así de grande como él dice?

vergüenza, no sólo no eran ya vulgares, sino premios extraordinarios.

Este cómico y director presentaba a las compañeras como unas solemnísimas ursulinas (con perdón de las ursulinas), cuando lo que en realidad eran tres espléndidos *renards* con una cola como para vestir de largo a una familia de siete niñas, la mamá y las hermanas políticas.

—Más buenas son las pobrecitas —decía—. No piden nada. Se conforman con lo que yo las doy, y se entretienen ellas solas. Sobre todo Rosita (Rosita era la esposa legal).

El resto de la compañía se parecía mucho a su director. La dama joven, con el representante. La actriz cómica, con el actor de carácter. La segunda actriz, con el primer galán. La característica, con el actor cómico, y el galán joven a la vez, y una chica racionista, con el encargado de la maquinaria. Así, todos se habían ido emparejando desde la salida de Madrid.

A los quince días de tournée, se habían cambiado las parejas entre la actriz cómica y la segunda, y dos semanas después se unieron las dos mujeres, dejando de *non* a los respectivos caballeros.

Al segundo mes el señor Lamas quiso molestar a la dama joven, y ésta dijo que no; insistió el primer actor, y entonces la dama joven se lo dijo a su compañero el representante, terminando un día a puñetazos dicho representante y la primera figura de la compañía. El escándalo fué mayúsculo y con mayúscula.

—¡Traidor!
—Eso es faltarme al respeto!
—¡Respetarte, yo? ¡Zas! (Torta número uno; y así, torta va, torta viene, celebraron un *match* de boxeo ante la compañía que, con extraordinario regocijo, los jaleaba. Duró la bronca y la paliza hasta que se aprendieron las comedias del repertorio).

II

La compañía sabía que de las tres mujeres del primer actor, la legal, la llamada Rosa, se entendía con el segundo apunte, y hacía cara sonriente a los piropos del actor de carácter que, al quedarse de *non*, buscaba el hombre hueco en que meterse, que dice la Biblia, que el hombre es como el animal, un ser que no puede ni sabe estar solo, en lo que demuestra lo animal que es.

La mujer de Lamas no disimulaba su preferencia por el actor de la voz gorda; pero el segundo apunte



—Hace una temporada que nada me sale a derechas; todo se me pone de punta...

se vió desdeñado y al fin abandonado, y juró vengarse de la mujerzuela.

(Observe el lector la injusta pensión de algunos hombres: tienen una mujer por suya, y dicen ¡qué gran mujer es! Pero la pobre hija de Eva se aburre y los abandona, o no come y tiene que llamar a otra puerta, y el hombre grita: ¡qué tía; es una mujerzuela!)

Siga el relato.

El segundo apunte era un quidam, una mala persona, y acechó el momento de vengarse a placer.

Observó que los momentos aprovechados por Rosa, la esposa infiel y el característico, eran los entreactos de aquellas comedias en que uno u otro no trabajaban.

Aquella tarde trabajaban en Martilandrán, antes de que Albiñana fuese deportado.

El actor de carácter, por mal nombre Mendo, se acercó al segundo apunte, y ofreciéndole un pitillo le dijo:

CELOSA



—Si a la vuelta te encuentras con mi hermana, no te vayas a venir con ella...

—Hombre, Pepe, hazme un favor.

—Usted dirá.

—Que no des la tercera sin avisarme.

—Descuide usted.

Pepe acechó, y cuando vio que Rosa y Mendo se encerraban en el cuarto de éste, dió la tercera a toda prisa, y levantó el telón. A la segunda escena Mendo hacía falta en escena, pero el traspunte no le avisó.

Pedro Lamas que salía de su cuarto preguntó:

—¿Qué pasa?

—Que el señor Mendo no ha bajado de su cuarto.

Con toda la mala fe del mundo Pepe insinuó:

—Debe pasarle algo, porque he visto antes a su mujer de usted meterse allí.

—¿A quién?

—A su mujer.

—¿A cuál? ¡Ah, sí! Rosita dices...

¡Cuernos! ¿Qué pasa aquí?

Y se llevó las manos a la cabeza. Lamas corrió al cuarto señalado, pegó una patada y abrió. ¡Santo del día! Qué cuadro. Rosita, en camisa, y Mendo en calzoncillos, preguntaron a un tiempo:

—¿Han dado la tercera?

El rugido de Lamas fué espantoso. A bofetadas, a mordiscos la emprendió con "los adúlteros". En su locura furiosa no se dió cuenta de que de tal forma los había sacado—y había salido él—al escenario, siendo recibidos por el público con un inmenso alarido de sorpresa y de júbilo.

El actor de carácter, en su aturdimiento, al verse ante el público, empezó a declamar aquellos versos de "El Trovador":

"Al campo don Nuño voy,
donde probaros espero,
que si vos sois caballero...
—¡Paf! (Bofetada treinta y siete.)
...caballero también soy."

El empresario, que era sordo, preguntó desde Contaduría:—¿Qué pasa? ¿Aplauden?

—No, señor. Es que el señor Lamas se ha enterado de lo de su mujer y está repartiendo leña.

—¿Que se ha enterado de lo de su mujer?...

Se puso muy pálido y echó a correr, no precisamente como alma que lleva el diablo, pero sí como si a un socialista le dijeran que había salido March de la cárcel.

No se ha disuelto la compañía de Pedro Lamas. El actor de carácter se ha unido a la razón social y ha incorporado a la nueva compañía a su mujer legal, la conocida Juanita Melo, que ha visto poner su nombre en la cabecera del cartel.

La vida de esta compañía es más divertida que una representación de "Las leandras", y las Empresas de los teatros de pueblo se disputan los contratos de la entidad señorita Melo, señor Lamas, porque, además de las representaciones, las cuatro cónyuges de Lamas y de don Mendo se van a las reboticas y a las saeristías de los pueblos a jugar partiditas de damas, o también a los bolos con las notabilidades locales. Y la fama de la compañía va aumentando considerablemente.

Ahora, que ninguna temporada pasa de nueve meses. Al llegar cierta luna las actrices tienen que descansar.

JULIO JURENITO



PIROPOS

por Benjamín López (Madrid)

Morena: tiene usted unas montañas rusas, que le dan a uno ganas de sentirse "tío-vivo".

Si las piedras hablasen, cada una sería un piropo.

Por usted sería yo capaz de aborrecer el vino alcohólica, apostólica y terminantemente.

Da usted más disgustos que un mal "Ford" a un mal chofer.

Despiden más alegría sus ojos que un día de paga.

No le digo a usted que es guapa porque esa flor que lleva al pecho se va a enfadar, y yo quiero que, como buenas hermanas, vayáis juntas.



—Tan distraída soy, que no sé si me la estoy sacando o me la estoy metiendo...

La importancia de las ropas femeninas

I



Digan lo que quieran los hombres serios que ya han cumplido los cuarenta y están a punto de no poderse mojar ni la barriga, las telas con que la mujer cubre su cuerpo conservan un prestigio inalterable. Todos los reparos con que zahieren el femenino indumento no son más que escrúpulos de

incipiente debilidad amorosa, porque, en cuanto al llegar la hora del amor, un hombre se pone a razonar, malo, malo, malo...

Por eso miramos compasivamente a esos caballeros que, con un suspiro, dicen:

—¡Ay, aquellas faldas de volantes que al subir a un tranvía nos permitían entrever dos centímetros de pantorrilla!...

Este ya no levanta nada.

Otros—recelad de ellos—exceran:

—¡Qué aseó! Las mujeres de ahora lo enseñan todo.

Bueno, ¿y qué? Bien venidos sean los tiempos en que las mujeres ya no sirven de barrenderos públicos, llevándose en las colas de sus faldas toda la suciedad de las calles. Bien desaparecida la fealdad de las botas altas.

Hoy, la mujer es más bella y más libre, y se viste mejor que antes. El enseñarlo casi todo tiene también la ventaja de crear la necesidad del baño. Antes, en ese siglo de las faldas largas y los pechos y las ancas postizos, muchas mujeres (y hombres) no sabían del agua otra cosa sino que iba por los ríos.

Antes, la mujer de moño tieso lucía unas nuca indecentes, con unos pelos mal llamados "abuelos", que no justificaban su nombre más que por el olor a vejez.

Benditas sean las nuca limpias y las ropas cortas y ceñidas y las piernas al aire libre, que obligan a ser cuidadosos y limpios.

El hombre de 1920 exclama:

—¡Qué ricas!

—¡Hijas mías!

—Merecéis la suerte del caramelo...

En cambio, el hombre de 1890 ó del 1900, desdénan:

—¡Puah!

Y ahora, evoca aquellas hembras con corsés, que eran corazas del siglo quince, y moños como torres altísimas.

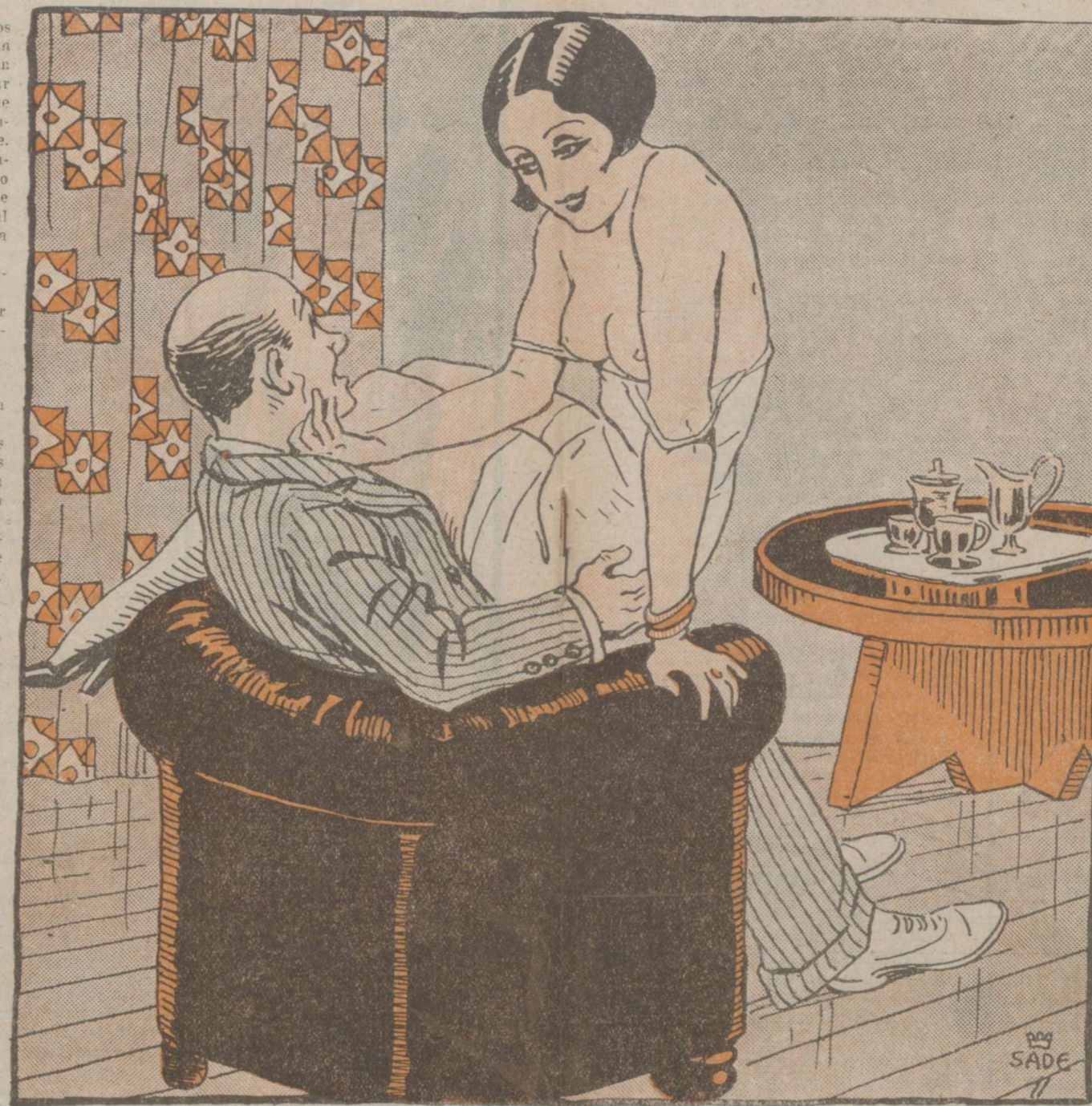
Sí. Preferible la mujer de hoy—claro que todavía nuestras noches de amor son horas agradables—con sus cabellos cortos (para dejar en ridículo a Schopenhauer), pies bien calzados y sus medias tirantes. Con sus...

Bueno. Ahora, caigo en que, para hacer el elogio de las ropas íntimas femeninas, hay que empezar por irles quitando prendas a las mujeres.

Vamos a ver.

II

El ligero vestidillo se saca también ligeramente, prontamente. Hoy apenas se usan los corchetes ni los botones—¡qué odio a los botones y qué



—¿Me comprarás la combinación que hemos visto?

—No, hija. Entremos a la alcoba y haremos unas combinaciones mucho más bonitas.

feos son!—. ¿Verdad que suena muy mal eso de decir: ¡A ver, desbróchate!, por muy tiernamente que se diga?

Sacado el vestidillo, la mujer se queda hoy



como en un dibujo delicioso de Gosé o de Heronart, de "La Vie Parisienne". Piernas finas, ágiles. Las medias, tirantes hasta el muslo. Una faja que sirve para apretar las caderas y contener el

vientre, y oculta bajo una braga de seda, tan sutil y bella, tan frágil en su seda, que dan en seguida ganas de quitarla. Por encima, una camisilla tan sutil y tan breve, que no tapa la braga ni el sostén, tan precario y chiquitín, que lo descubre todo.

Estamos seguros de que si las tentaciones de San Antonio hubiesen sido en este siglo, el pobre santo la *hinca, dobla o se cae con el equipo*. No digamos nada de las once mil vírgenes, vírgenes gracias a una estameña malísima que las desfiguraba.

¡Mujer, la de hoy!

¿Se acuerdan ustedes de aquellos pantalones femeninos de hace veinticinco años, de tela gorda, largos hasta la rodilla, y tan cerrados que parecían necesitar *troneras*?...

¿Y las medias de apretada lana?

¿Y aquellas camisas altas, presas debajo del corsé, y los cubrecorsés que parecían acorazados?

Claro que también habría que ver a los peludos y barbudos caballeros de entonces.

—No me beses, porque tu barba me hace cosquillas en las narices—dirían ellas.

En cambio, la mujer de ahora... Esa mujer semidesnuda, porque el desnudo total es menos bello que el semidesnudo. La mujer medio *velada* aún. El resto de velo público queda.

De donde se deduce que aquello de "cualquiera tiempo pasado *fué* mejor", es una vil mentira.

En la mujer, las cintas embellecen—es tan bonito desatar lazos de seda—mientras que los corchetes y los botones afean.

El vestido exterior debe ser flexible y moldearse al cuerpo, y las ropas íntimas deben ser breves y finas.

Todavía hay mujeres que no creen necesarios los *alicientes*, los incentivos que sujetan al hombre.

—¡Bah!—piensan—. Ya está conquistado. Ya está en casa.

¿Qué error! El *aliciente* en la mujer es como la sal en los guisos; porque el hombre, como es activo, entra y sale, recrea sus ojos en otras mujeres más cuidadas; compara, en fin.

Equivocación fundamental la de la mujer que abandona completamente la coquetería. Nada de estameñas ni de camisas largas. Debe la mujer cuidarse y adornarse para su hombre, para que ese hombre no busque, fuera de su casa, la gracia que sus ojos ansían.

El hombre es polígamo, dicen. Ca. El hombre medianamente inteligente, el que sea más hombre que animal, prefiere una sola mujer... cuando ella es tal y como se indica en el párrafo anterior.

Por eso las mujeres deben aprender a ser coquetas. Así las prefieren los hombres normales, y la coquetería femenina debe empezar por el cuidado de las ropas, y, sobre todo, de las ropas íntimas; que éstas tengan la mayor cantidad de lazos posible. Es muy bonito desatarle los lazos a la mujer; en cambio, eso de decirle:

—Anda, rica, déjame que te desabroche.

¿Verdad que es horrible?

SAULO DE TARSO



En la mesa de café

Contando cuentos

Fritz y Franz son los amigos inseparables de siempre. Los dos se engañan mutuamente con sus respectivas mujeres; los dos lo saben ya, pero, naturalmente, no se lo confiesan.

Fritz, en la cervecería, insinúa un reproche a Franz:

—¿Por qué has vendido el sofá, Franz?

—Porque... yo no tengo que darte explicaciones de esas, Fritz.

Al día siguiente entra Franz en su casa y se encuentra las cortinas manchadas, estropeadas. Le pregunta a la criada quién ha estado en su casa, y ésta le responde que el señorito Fritz.

Franz va al café y se encuentra a Fritz. Se sienta a su lado y le espeta esta censura:

—Eres un mal amigo, Fritz. ¿Por qué me estropeas los muebles que

cuestan tan caros? ¿Cuando pensabas volver a casa?

—Mañana.

—No vayas; toma. (Le da dos duros y una tarjeta.) Mira, en esa casa te tratarán muy bien. A Gretchen ya la conocen allí.

Y Fritz se queda frío, porque Gretchen es su mujer.

No cabe duda que Franz es un vengador de Lope de Vega.

Un estudiante capigorrón del siglo dieciséis, cumbre de los pícaros españoles, va de camino por senderos de la provincia de Valladolid.

Como le anochece en el camino busca un mesón donde pasar la noche. Lo encuentra pasado Medina la del Campo, y allí hace parada.

—¿Qué desea su mercé?

—Cena y cama.

—¿La cama es para dormir?

—Naturalmente—replica el estudiante—. ¿Para qué había de pedirla?

El mesonero sonríe con pícaro gesto, y calla.

Después de cenar se acerca nuevamente al estudiante y le dice sin darle demasiada importancia a la pregunta:

—¿No le molestará a su mercé que le ponga a dormir en el cuarto de la familia?

El estudiante, sin acabar de comprender el sentido de la interpretación, se encoge de hombros.

—Bueno.

Le entregan un candil, y señalando a la galería de arriba le asegura:

—En aquella puerta es. Pero ¿me pagará antes su mercé?

—Tenga.

Y le entrega una media onza.

—Subid, que pasaréis una noche magnífica, y al despertar os daré la vuelta.

El estudiante sube a su cuarto y se acuesta. Luego, apaga la luz.

A un rato pasado, alguien entra en la habitación, tantea la cama y se acuesta al lado del estudiante.

—Con su licencia, hermano.

Poco después se oyen dos alientos isócronos.

De repente el estudiante se despierta sobresaltado:

—Eh, hermano, despierte su reverencia.

Despierta el vecino, que era un fraile:

—¿Le molesto, hermano? Soñaba que era soldado y estaba en guerra en los Países Bajos...

—Pues mire su reverencia de dejar en paz los Países Bajos, y no me tome como instrumento, pues ni yo soy pito de tercio, ni vuesa mercé músico de flauta.

El fraile se hace el distraído.

—¿Vuesa mercé no sueña?

—No.

—¿Duerme profundamente?

—No duermo, velo; pero sepa, hermano, que yo tengo siempre a mi lado mi albaceteña.

—¿Albaceteña dice? Duerma, duerma tranquilo el seor estudiante; prefiero las rendijas en el contrario, y que no hagan resistencia.

A la otra mañana despertó el estudiante. Ya el fraile estaba en pie.

—¿Durmio bien su mercé?

—Con gran gusto.

—¿Con gran gusto dice?

—Sí.

—¿Lo vé su mercé, seor estudiante? No vuelva a presumir de sueño ligero. Pasaría todo un tercio sobre su mercé y no se enteraría.

—Es verdad—comentó el estudiante—. Estaba como un tabique.

—¿Como un tabique? No presumas, hermano. Que los hay mejores.



—¿Mira que si llegara tu marido!...

—¿Mira que si llegara tu mujer!...

ESTAMPAS
VERANIEGAS

Lolin se baña

POR
FERSAL



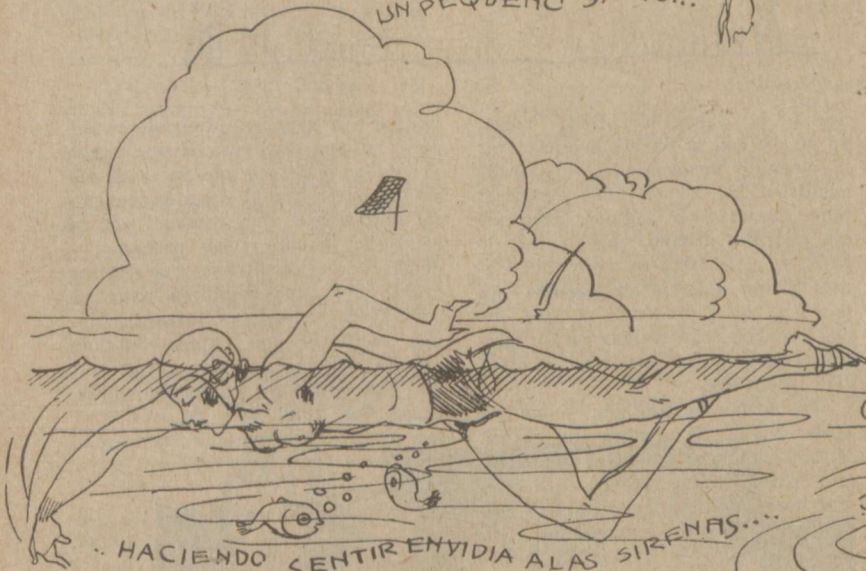
SE PREPARA...



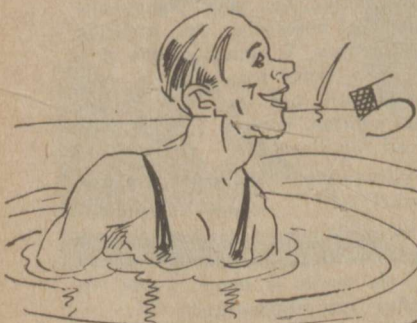
UN PEQUEÑO SALTO...



...Y AL AGUA.....

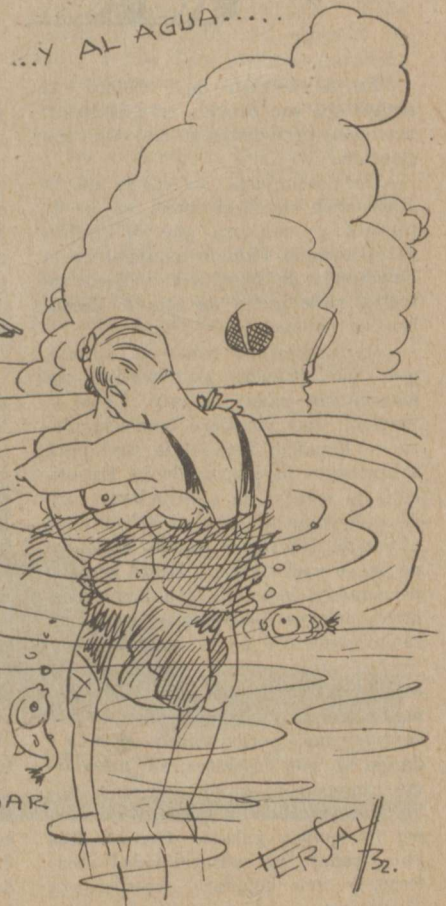


.. HACIENDO SENTIR ENVIDIA A LAS SIRENAS....



- PERO SI ES LOLIN !....

NOTA DEL DIBUJANTE —
YO, QUERIA QUE VIERAIS
COMO SE BAÑABA ELLA, PERO..
SURGIO ESTE INTRUSO Y A JUZGAR.
POR LO QUE VEMOS, EL QUE SE
"BAÑA" ES EL.....

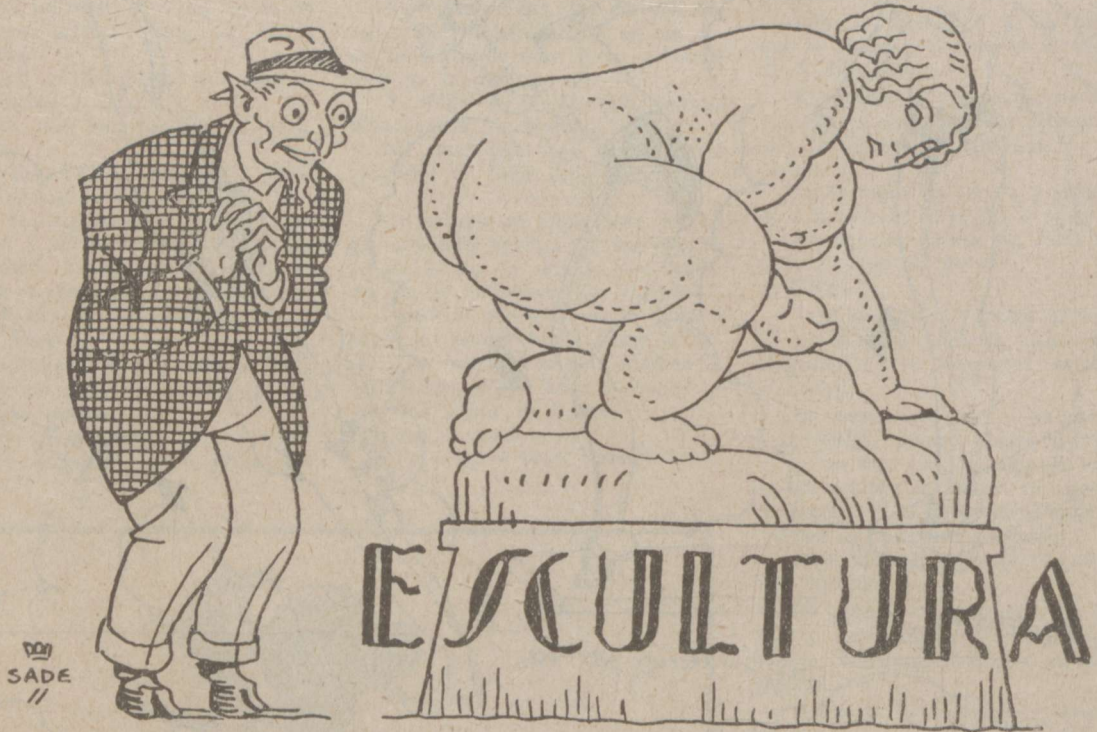


FERSAL/32.

DESDE BARCELONA

INFORMACIONES SENSACIONALES

EL SÁTIRO DE LA



En la terraza del "Cólón", el amigo que me orienta en mis informaciones periodísticas, me dijo con emoción:

—He descubierto un sátiro en la Exposición de Primavera, en la de pintura y escultura que se celebra en el antiguo Palacio nacional de la Exposición de Monjuich. ¡Corra usted a verle antes de que le descubra la policía!

Me impresionó tanto la noticia, que, por primera providencia, me marché sin pagar el café. Tomé el "metro", que me llevó hasta la plaza de España; alquilé un taxi para subir hasta la puerta de la Exposición de arte y me guardé muy bien de preguntar a nadie si había visto al sátiro. Un sátiro es una cosa que no se ve casi nunca. ¡Mirad si sabe permanecer invisible, que hasta nosotros mismos llevamos a veces un sátiro dentro y no le vemos!

Iba sinceramente emocionado y calculando si le hallaría tal como me lo aseguró mi inspirador de informaciones periodísticas. Entré dando un par de saltos, sin acordarme tampoco de pasar por la taquilla, y mostrando al portero mi carnet de prensa galante. Otros saltos para ganar las enmarmoladas escaleras, y una heladora desesperanza al encontrar casi desiertos los salo-

nes de la Exposición. Desde luego, yo no iba con la ilusión de encontrar la elegante muchedumbre que suele acudir a las Exposiciones caninas; pero suponía ver alguien más que un guardia urbano, dos mozos de café en el buffet, un cura, dos damas y un sesentón de aspecto tan pacífico, tan indiferente al arte que nos rodeaba, tan vulgar en su gesto, que no pudo llamarme la atención por nada.

Dí varias vueltas por todas las salas. Nada. Ni sombra del sátiro. Y, sin embargo, yo sabía que el sátiro existía; que pasaba allí largas horas, que había inspirado sospechas al guardia urbano que vigilaba las salas y que se le había sorprendido muchas veces detrás de una de las esculturas expuestas, tocando sus marmóreas redondeces y hasta dándole impuros besos. ¡Impuros! Yo los suponía así, pero él, al ser interrogado por el guardia, aseguró que eran besos de admiración artística, besos purísimos, de emoción producida por la divina estética de la escultura genial...

Por un instante dudé si el sátiro sería aquel enrojecido cura que paseaba lentamente ante los cuadros, dirigiendo furtivas miradas a los desnudos. Ya saben ustedes que en las Exposiciones abundan los curas,

porque son grandes admiradores del arte, no por otra cosa. Pero pronto di con mi sujeto y me fuí a él sin vacilaciones. Era el sesentón de gesto indiferente. Le reconocí en la cautelosa manera como pasaba por detrás de las esculturas y se detenía cerca de la que resaltaba unas escandalosas redondeces traseras. Era una escultura que parecía labrada por un refinado del amor lujurioso; era una escultura de mujer cuarentona, tan abundante de curvas y tan procaz en la posición, que asombraba que fuera admitida por el Jurado.

El individuo la contemplaba con ojos torvos, y me miraba a mí suponiendo que mi distracción no le comprometía. Yo, muy disimuladamente, le observaba con atención investigadora. Y cuando vi que alargaba una mano para pasarla, muy rápidamente, por las duras nalgas de la estatua, corrí a él y le saludé con familiaridad:

—Buenas tardes. Es usted el sátiro, ¿verdad?

Se quedó contemplándome un momento perplejo; luego se echó a reír, me tendió la mano, y con voz meliflua me respondió:

—Servidor de usted.

—Desearía de usted un pequeño fa-

vor... Una breve interviú. Soy redactor de prensa galante...

Volvió a reír como si se hallase ante un antiguo camarada, y, con amabilidad supina, me indicó que nos sentáramos en uno de los sofás centrales.

—En este, si le parece—me dijo—. Para no perder de vista a la estúpida escultura aquella... ¿Qué quiere usted? Me tiene enamorado, loco. ¿Ha visto usted jamás curvas tan desarrolladas, tan incitantes, y carne tan blanca y tan dura?

—Ni tan dura ni tan blanca, es verdad. Parece de mármol.

—Lo es. La he tocado muchas veces. La he besado y la he...

—¿También?

—¡Claro!—dijo sonriendo, brillándole sus ojillos profundos—. No era posible que me resistiera. A un sátiro de mi edad y de mi experiencia no se resiste ni una mujer de piedra. La violé anteayer... Aproveché el relevo del guardia, y en un momento me acerqué a ella, me arimé por detrás, la agarré de los abultados senos y... gocé como en mi vida, apretándome contra sus incitantes protuberancias posteriores. Creo que quedaron huellas en el pedestal. ¿Quiere usted ir a verlas?

—Me basta su palabra. Sólo quisiera saber si ella dijo algo...

—No. Nada. ¡Pobrecita! ¿Qué había de decir? Además, no le hice daño alguno. Fué superficial la cosa.

—Entonces no fué una verdadera violación.

—¿Que no? ¡Vamos, hombre! ¡Cómo se conoce que no es usted sátiro!—exclamó, mirándome un poco despectivamente—. La violación puede existir sin acoplamiento de sexos que fisiológicamente sea perfecta. Se viola a través de las rocas y se viola a distancia... Se viola en las plataformas de los tranvías, en la entrada de procesiones, en cines... ¿Cree usted que se necesita llevarse a una mujer al lecho, desnudarla, destrozarle el sexo y dejarla en estado interesante pa-

ra poder decir que se la ha poseído? Si lo cree así, es usted tan ingenuo como un policía. Cuando yo comencé mi carrera...

—Perdone. ¿Me permite que vaya tomando notas?

—Tome usted lo que quiera. Pues... ¿Le parece que hagamos completa la historia? Bien. El lugar de mi nacimiento es lo que menos interesa, ¿verdad? Todos los países, y hasta todos los pueblos, producen sátiros. Lo que ocurre es que hay sátiros vergonzantes, que ocultan sus apetitos como si fueran indignos, y otros que pasan inadvertidos en el ambiente putrefacto de ciertas ciudades y lugarejos. Los sátiros somos legión, y nuestra raza es tan antigua como el mundo. Sin embargo, sólo un pequeño número ha conseguido pasar a la historia; lo cual se explica por la razón de que son muchos los que hacen versos y muy pocos los que immortalizan sus rimas. En nuestro género, como en todo, ha de huirse de la vulgaridad, se ha de tener "chic" en los actos, se ha de ser, para decirlo en una palabra, un distinguido sátiro.

—De acuerdo.

—Hay algunos que se creen sátiros porque atropellan a muchas mujeres. Eso es de una vulgaridad aplastante. Otros, que persiguen efebos, a los que también se llaman sátiros, son otra cosa. Los especializados en un apetito o en un sistema, suelen no ser más que maniáticos. El verdadero sátiro, el sátiro que se aprecia no tiene preferencias ni sistemas especiales; lo abarca todo; caza animales de pelo y de pluma; no distingue edades, ni bellezas, ni sexos, y se muestra siempre digno de sí mismo.

Tranquilo por lo que a mí respectaba, pues me hallaba muy bien sentado, seguí anotando sus declaraciones.

—Siendo yo un verdadero niño aún ya comprendía, por intuición, cuál debía ser mi papel varonil. Recuerdo que mi primera víctima fué...

un caballo de cartón. Con él realicé la primera violación, de la que había de ser incalculable serie.

—No hay que reirse. Yo profesaba a mi caballo un enorme cariño. Era un sufrido alazán que me habían dejado los Reyes un par de años antes. Tendría casi una vara de talla, y a la sazón ya no conservaba ni una sola crin en la melena ni en el rabo. Lo coloqué en la escalera; púseme yo de pie en el escalón de abajo y... lo violé completamente, sin pensar si era caballo o yegua, sin conciencia de su deshonra, sin tenerle consideraciones... Y tan bien me resultó la cosa, que durante algún tiempo me dediqué a buscar los caballos cojos y descabezados que fueron retirados al porche; las muñecas de mis primitas; un polichinela que no tendría más de dos palmos y al que también deshonré sin contemplaciones; casi todas las almohadas de mi casa... Y para acabar esta serie de violaciones infantiles, recuerdo que un día, ante el espejo... me violé a mí mismo. Luego tocó el turno a mis primitas, a mis amiguitos, a mis criadas, a un pavo que nos regalaron por Navidad, a mis vecinas... a una tía mía de 62 años, mientras tomaba la siesta..."

En aquel momento entró en la sala una nodriza rechoncha y colorada que llevaba en sus brazos a una criaturilla mofletuda y desdentada. El sátiro se quedó callado, serio, mirando a la nodriza... Y de pronto se levantó, me estrechó la mano y me dijo precipitadamente:

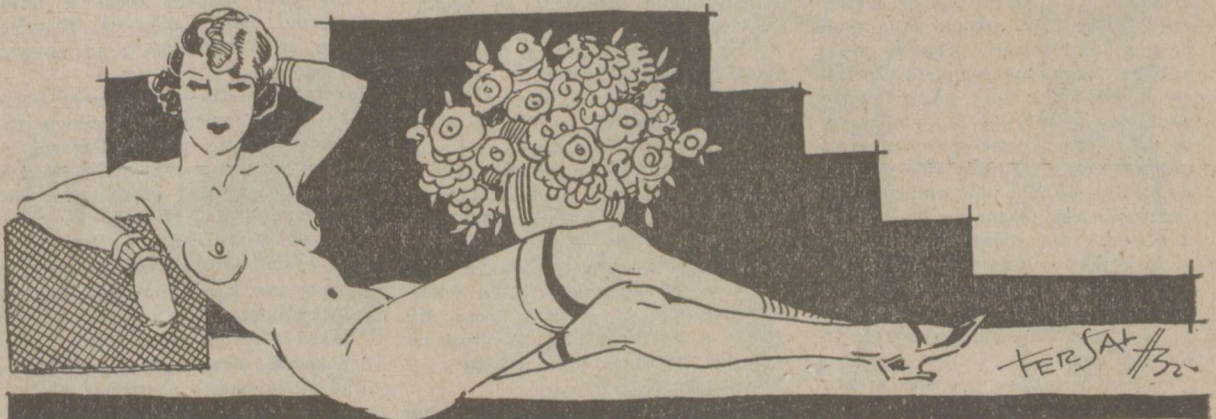
—Perdone que interrumpamos las declaraciones. Otro día seguiremos, si gusta. Ahora tengo trabajo.

—Lo comprendo. Esa nodriza...

—¿La nodriza? ¡Bah! No vale la pena. Pero lleva en brazos una criaturita ideal...

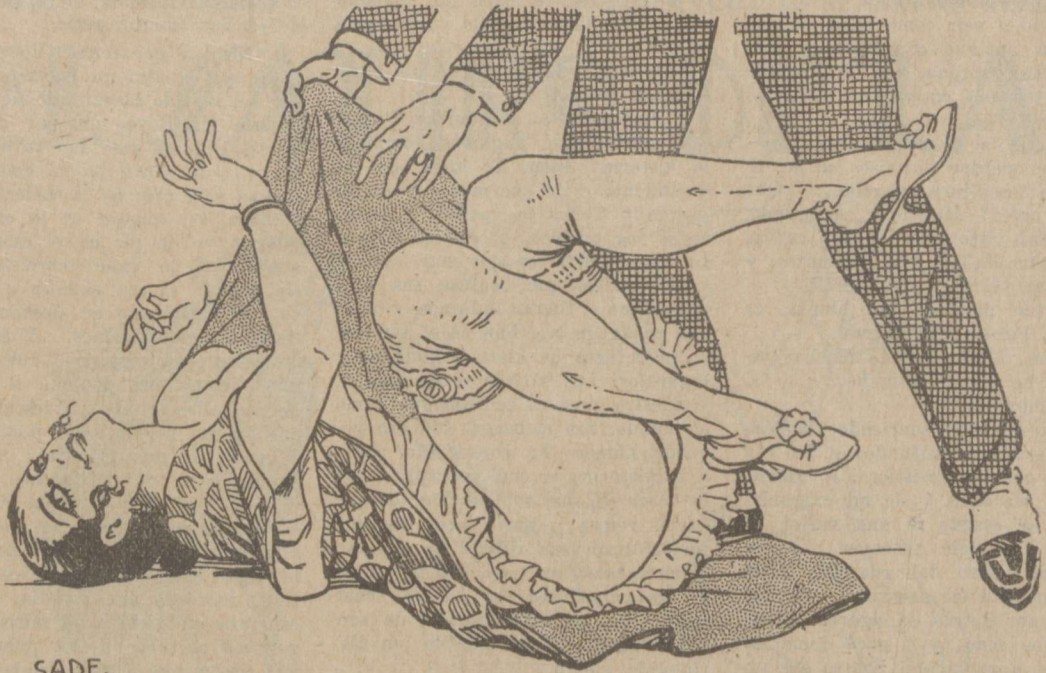
Y el sátiro me dejó tan asombrado, tan perplejo, que esta es la hora en que aún no sé cómo he de terminar esta información.

J. DE V.



UNA VACANTE

Está visto que el problema de los parados alcanza a todos.



SADE.

—¡Cúbrame, por favor, cúbrame!

¿Qué quiere usted que escriba?

No había manera de que nos pu- siéramos de acuerdo el Director y yo, a pesar del interés que a él le ani- maba de que yo me encargase de una sección de esta Revista, y a pesar de mi eterna buena voluntad para com- placer a los hombres. Y no nos entendi- ábamos, porque no acertábamos el qué había de ser motivo de mis ar- tículos.

¿Comentarios de actualidad? Tie- nen el inconveniente de que sin darse cuenta, la pluma puede escapar hacia temas demasiado serios... ¿Comidilla de teatro, murmuraciones de music- hall, indiscreciones de cabaret? Siem- pre interesan, pero siempre ofrecen la exposición de crear enfados por las alusiones. ¿Un consultorio de enamo- rados? Muy bien, aunque nada tiene de original, y precisa, primero, que el público ponga una completa confian- za en mi sinceridad. ¿Anécdotas y recuerdos de mi vida? Indudablemen- te podría contar muchas y muy sug- gestivas cosas. ¡Tantos años corrien- do mundo, siempre independiente, con innata curiosidad que me ha incitado a meterme por todas partes, y con cierto atractivo personal—¡perdón!— que me ha ocasionado tantas aventu- ras con hombres de todas edades y...—sí, también—con mujeres de to- dos los países!...

—¡Nos decidimos por sus aventu- ras?—me preguntó el Director.

Yo dudaba. “El pasado—ha di- cho mi amiga Colette Willy—es un segundo corazón que late en nos-

otros”. Pero no es tan fácil abrir el corazón al público. Se abre más fácilmente la puerta de la alcoba. Una mujer es capaz de dejar que penetren las miradas del público en todos los rincones de su cuerpo an- tes que en su corazón.

—Yo la necesito a usted—insistía el Director.

Pero éste tampoco era para mí un argumento decisivo. ¡Me han di- cho eso tantos hombres!

—Necesito demostrar al público que tengo una colaboradora que, además de ser guapa, de poseer una sober- bia figura y de ser de temperamento y gustos exquisitos, también tiene talento y sabe escribir.

Yo seguía pensando. De pronto me decidí.

—Ya está. Escribiré... lo que el pú- blico quiera. Contestaré a sus car- tas, siempre que no rebasen los lí- mites de la natural corrección. Con- taré mis aventuras y las de mis ami- gas. Aconsejaré, con mi experiencia, en una intensa vida de amor. Comen- taré espectáculos, libros, modas, cos- tumbres... Lo que el público me pi- da, siempre que me lo pida bien.

Y la yo sabes, lector. Sin remil- gos impropios de nuestra época, sin miedo a escabrosidades, mientras no resulten groseras, dime tu gusto y te complaceré.

Veamos, amigo o amiga, ¿qué quiere usted que escriba?

Buzón de BESAME

Correspondencia con nuestros lectores

Viuda joven.—En estado de... me- recer que la digan algo, y que de las palabras pasen a los hechos, nos pide le pongamos este anun- cio, siquiera una sola vez (si es una la vez, es sola). Dice que, además de las palabras y de los hechos, quiere dinero, y que no se anuncia en “El Liberal” porque allí no se anuncia ningún caba- llero que ofrezca más de 60 pe- setas al mes; y que el que ofrece 60 leandras al mes por una cosa *semejante*, no es un caballero, es un tío roñoso.

Tiene razón la viuda; cuando se tienen nada más que doce du- ros para mandar tocar a misa —como quien dice—se fastidia uno, se lo hace solo y no molesta a nadie.

Romántico.—Hasta la tercer cari- lla de su carta le habíamos to- mado en serio, pero al llegar a la línea cuarta de esa carilla, se nos cae la credulidad en el barreño de la ropa sucia. ¡Usted qué va a ser un Espronceda!... ¿Conque es- tá enamorado a una tía segunda suya que tiene cincuenta años y un millonaje de pesetas? ¡Y ya le ha ofrecido ponerle piso... ella a usted, claro? ¡So... romántico! ¡Le han puesto ya piso y aun pi- de consejo? ¡Ansioso! Y no se- guimos porque, en vez de ponerle piso, nos está entrando la tenta- ción de ponerle como un trapo.

CHARITO ISOL

GRACIA DE LOS DEMAS

PUDOR



El comisario.—¡Su esposo pretende, señora, que la causa de que él le sea infiel es la frialdad de usted!

La esposa.—¡Es mentira, señor comisario!... ¡Puedo traerle cien pruebas de lo contrario!...



EL MARIDO.—¡Has visto? ¡Todos los hombres miran tu traje de baño!

LA ESPOSA.—¡Qué curioso, querido! En la vidriera no lo miraban más que las mujeres. ¡Por eso lo elegí!



—Pero, finalmente, querido, no comprendo por qué has alquilado por una hora la habitación, cuando me juraste amarme eternamente... ¡La hubieras alquilado por una semana!...



—¿Por qué das vueltas a ese retrato?

—Es uno de mis antepasados... ¡No quiero hacerlo enrojecer!...



—¿Así que te hizo ver las estrellas?...

—Sí... ¡Como es astrónomo!

BESAME



20 cts.

—Pero, chico, que vamos a estropear los cojines y puede protestar el dueño.
—Aquí no hay más cojines que los míos.

